

## BAUTIZO Y PRESENTACIÓN DE COLECCIÓN “PAPIROS”

JUAN CARLOS ESCOTET RODRÍGUEZ

No recuerdo en la historia de Banesco un momento tan abundante como el de esta noche. Desde que inauguramos Ciudad Banesco en el año de 2004, este lugar ha sido el escenario de celebraciones emblemáticas y diversas. Tantas han sido, muchas de ellas memorables, que ahora mismo me sería muy difícil resumir la importancia que han tenido. En esos encuentros no han faltado los autores de todos los géneros literarios. Con la propia Editorial Equinoccio hemos tenido en años anteriores, actos de presentación en los que han concurrido los libros de hasta ocho autores.

Carlos Pacheco podrá desmentirme, si así lo juzga conveniente, pero desde que se inició el vínculo entre la Editorial Equinoccio, La Universidad Simón Bolívar y Banesco, hasta ahora no habíamos tenido un día como hoy, donde pudiésemos, a un tiempo, recordar a dos de los grandes maestros del siglo XX venezolano, José Ignacio Cabrujas y Eugenio Montejo; escuchar los veredictos de dos premios literarios, cada uno extraordinario en su específica dimensión; y, como si esto no fuese ya bastante abrumador y suficiente para colmar al espíritu más ansioso, se presentan los libros de diez autores de distintas generaciones, en un arco de diversidad que incluye novísimos y veteranísimos, narradores y poetas que vienen a sumarse a este momento fecundo que vive la literatura venezolana, donde hasta el lector más disciplinado, difícilmente podría dar cuenta de lo mucho que sale a la calle, no digamos bajo la pretensión de leerlo todo, pero sí al menos de llevar un registro de las publicaciones más importantes.

Incluso entre quienes no somos lectores especializados, basta con el seguimiento de la información de lo que se reseña en la prensa, o con visitar las mesas de novedades de alguna buena librería, para que surja de bulto que hay una actividad editorial fuera de lo común, olas a las que siguen otras olas, un fenómeno que los estudiosos ya deben haber detectado, y sobre el que ya deben estar reflexionando.

Esta suerte de boom editorial venezolano, que no se limita a la expresión literaria, parece estar ocurriendo de forma simultánea a otro proceso cuyo eco todavía no es posible medir: me refiero a la creciente presencia que escritores, artistas e intelectuales están teniendo en la escena pública venezolana.

Tal y como ocurre a menudo, posiblemente los protagonistas de esta múltiple manifestación, no siempre logran vencer el pudor que significa reconocerse como factores de influencia en lo social. Cada quien en lo suyo, cada quien comprometido en su proyecto, quizás nos corresponda a los espectadores, a quienes seguimos lo que los artistas y los pensadores producen, testificar el sentimiento, la percepción de que el intelectual venezolano ha renovado sus recursos de interacción con la sociedad venezolana.

Si el 21 de octubre de 1995 constituye un hito en la historia de la inteligencia venezolana, lo es porque ese día murió José Ignacio Cabrujas, el más emblemático intelectual de la segunda mitad de nuestro siglo XX. Y desde ese día, un silencio nos acompaña. Algo de su figura, algo de su espíritu parece haber quedado suspendido sobre cada uno de nosotros, como si esa ausencia fuese una de las condiciones irremediables de la entrada a este áspero siglo XXI que nos ha tocado a los venezolanos.

Se marchó y dejó una nostalgia que, tras el paso de los años, no remite y se mantiene como una inquietante y activa presencia. Una figura que reaparece siempre con la misma perturbadora urgencia. Porque con Cabrujas nos pasa siempre lo mismo: lo necesitamos. Lo extrañamos porque nos duele la ausencia de su voz. Estábamos acostumbrados a tenerlo en la doble dimensión del texto y de la voz. Nos parecía nuestro, inmediato, accesible, como si fuera un miembro más de la familia, el tipo más listo entre los entrañables, que todas las semanas lograba que el papel fuese una escenificación donde el país adquiriría esa dimensión ética y estética suya, que consiste en que sólo se critica aquello que se ama con furia.

¿Por qué con José Ignacio Cabrujas se nos presenta este fenómeno de nostalgia circular, esta añoranza recurrente que consiste en preguntarnos por lo que él hubiese escrito ahora? Porque Cabrujas llegó a encarnar, como nadie antes y nadie después, la voz ciudadana. Su partida súbita, no fue la de un escritor importante, que lo fue; o la de una figura de las letras, que también encarnó; sino la de una voz pública de estatuto único, quizás la primera y más plena voz ciudadana que conoce la modernidad venezolana.

Cabrujas, al que debemos entre muchos otros, Acto cultural y El día que quieras, textos esenciales del teatro venezolano de todos los tiempos, fue en el plano de lo público, el lúcido indispensable, el radiógrafo de la comarca, el cronista de la maravilla, pero también de la patética venezolana. El hombre que acompañaba al lector perplejo en la voluntad irrenunciable de seguir los asuntos y los personajes públicos, para ventilarlos e intentar desentrañarlos.

Si esta noche es una noche de privilegios, que sea para todos el tener a José Ignacio Cabrujas como uno de los motivos que nos reúne y nos cohesiona. Porque además, no es el Cabrujas de doctos y especialistas, sino el Cabrujas de papel de periódico y tinta, el Cabrujas de kiosco y país ardiendo, el Cabrujas que iba a la televisión y hechizaba a sus entrevistadores, ese Cabrujas que era capaz de expresar en impecables fórmulas narrativas lo que nosotros sentíamos y no atinamos a expresar, el Cabrujas presente aquí entre nosotros.

El tercer tomo de las obras de Cabrujas que se presenta aquí, es el compendio de las crónicas que publicó en El Nacional y en el extinto Diario de Caracas, cuya reverberación sigue siendo simplemente extraordinaria.

Cualquiera de nosotros puede hacer el ejercicio ahora mismo: abrir el libro en el punto que dicte el azar, comenzar a leer y sentir cómo esa voz que tanto conocemos, la voz del pater Cabrujas, se escucha en cada una de las palabras que escribió. Porque con él pasa, como con Aquiles Nazoa, al menos para aquellos que tienen la edad necesaria para haberlo escuchado que, mientras lo leen, sienten, recuerdan el tono, la ronquera, la condición envolvente que tenía la voz del venezolano imprescindible que fue.

Quiero insistir en esto: José Ignacio Cabrujas es el venezolano imprescindible, la comprobación de que Venezuela es un campo abierto para la actuación pública del intelectual. Dieciséis años más tarde de su partida, contra dificultades cuya envergadura y extensión no hubiésemos podido imaginar entonces, el teatro nacional vive un apogeo que no había conocido en términos semejantes, con una oferta simplemente incomparable para un país que todavía no alcanza los treinta millones de habitantes.

Estamos en medio de un apogeo, en medio de una marea ascendente de lo cultural, cuyo fin, por fortuna, no se avizora. Cada vez que levantamos la vista, lo que vemos, no es ni la repetición ni la simple reproducción. Lo que vemos es novedad: nuevos autores, nuevos movimientos, nuevos modos y medios de expresión, que vienen hacia nosotros.

Al momento de morir, José Ignacio Cabrujas dejó un testigo encendido: la pregunta esencial por el vínculo entre el creador y la sociedad, la cuestión de la presencia del intelectual en la vida pública. Menos que actuar como un pronosticador prefiero pensar que, entre las expresiones de esta onda expansiva que estamos viviendo, Cabrujas hubiese continuado siendo la pieza vital del debate.

No sólo aceptamos la nostalgia que su ausencia nos provoca: también, en la medida de lo posible, esperamos contribuir para que la obra de escritores e intelectuales alcance los complejos y vastos territorios donde el público lector espera por el trabajo de los creadores.

Acompañar a Equinoccio ha sido fuente de provecho y orgullo para nosotros. Hemos sido testigos de sus crecientes iniciativas reflejadas en los dos concursos cuyos veredictos se anuncian esta noche; del esfuerzo hecho para ser el espacio editorial de autores consagrados, de escritores que apenas sobrepasan los veinte años de edad y, por supuesto, de la obra de José Ignacio Cabrujas, que goza del que debe ser un privilegio único en Venezuela: la de ser a un mismo tiempo, un Clásico y también un Contingente de la cultura venezolana.

Sobran esta noche las razones para encontrarnos y brindar. Cada quien tiene una buena razón para hacerlo, puesto que son muchas las razones por las que levantar una copa y expresar un buen deseo. Que haya tantos deseos como personas aquí reunidas, es lo mejor que podemos decir. Por mi parte, si ustedes me lo permiten, voy a levantar mi copa por ese país que José Ignacio Cabrujas me enseñó que se podía amar desde la disidencia.

Muchas gracias.

Juan Carlos Escotet R.